

## África: Evolución política y democratización interna

MBUYI KABUNDA BADI

SODEPAZ

### INTRODUCCIÓN

La actual crisis africana antes que económica es política. Es la crisis de gobernabilidad, expresada por la propia crisis del Estado, nacionalmente mal integrado e internacionalmente mal preparado para la confrontación mundial.

Dicho Estado, europeo y colonial en sus estructuras y mecanismos, es excéntrico, importado, multinacional y superficial. Fue africanizado por los funcionarios a los que los colonizadores lo confiaron, en el momento de las independencias. Sin embargo, dicha africanización fue superficial, puesto que sus nuevos amos mantuvieron su carácter centralizador y monopolizador de la violencia legítima, sólo para convertirlo en fuente de poder político y económico. Dicho de otra manera, la nueva clase gobernante poscolonial integrada por la tríada de funcionarios, militares e intelectuales, se sirvió de su capital cultural para acceder al poder político que a su vez brinda el acceso a los recursos económicos. De este modo, el Estado fue patrimonializado por sus detentores formales, a su vez saqueados por sus clientelas sociales y tribales, en el marco de la cultura africana del desarrollo en la que se invierte en lo social o en las personas mediante la distribución de prebendas, en detrimento de la acumulación del capital. Es la famosa «economía afectiva» (Hydén, 1986: 67), que permite a los dirigentes africanos, a todos los niveles, servirse de las arcas públicas para promover los intereses de la familia, de la aldea o del clan, economía ilustrada por la megalomanía y cleptocracia del régimen mobutista en Zaire, al tiempo que se desarrolla una inédita capacidad de represión con la ins-

tauración de «estalinismos tropicales» basados en el etnofascismo (resolución de problemas económicos, políticos y sociales mediante la eliminación física de sus autores o los que los plantean) y la violación a gran escala de derechos humanos.

Bajo la excusa de la creación de un sentimiento nacional y la promoción del desarrollo económico, se procedió a la confiscación del Estado por una minoría tribal o social con prácticas de exclusión, dejando como única vía de cambio el golpe de Estado o la guerra civil.

Se ha creado así, a lo largo de las tres o cuatro últimas décadas, una dialéctica permanente nacida del conflicto de legitimidades y que ha conducido a la ruptura entre el Estado carente de legitimidad sociológica, y que nadie interioriza, y las nacionalidades desprovistas de la legitimidad política y del derecho a la autodeterminación.

En este contexto, la dictadura de una persona o de un clan fue la regla y la democracia, la excepción. Esta situación generó conflictos entre el Estado, en sus intentos de controlar las nacionalidades, y éstas para liberarse del colonialismo interno o incluso apoderarse del Estado, como fuente de ventajas políticas y económicas de un grupo determinado en búsqueda de hegemonía o para convertirse en etnia dominante.

El proceso de democratización actual es frágil y menos fiable, al desarrollarse en el marco de contradicciones de aspiraciones entre las fuerzas centrífugas intratribales o el etnicismo y las fuerzas centrípetas supratribales o el nacionalismo, contradicciones a menudo manipuladas por los poderes establecidos, que sólo han cambiado las formas. Además, dicho proceso es vulnerable por la pauperización de las masas por los autoritarismos poscoloniales. De ahí la acertada puntualización de Mbembe (1996: 14), para quien no existe en este momento ningún régimen democrático en África negra, por la ausencia de libertades fundamentales y por la determinación de los detentadores del poder a conservarlo por todos los medios y a cualquier precio.

La evolución política de África ha sido la de una crisis permanente del Estado, geográficamente indefinido y que ha fracasado en sus pretensiones de convertirse en un Estado-nación (Zartman, 1978: 85), para tomar la forma de una «simple estructura burocrática de explotación» (Darbon, 1990: 45).

En definitiva, la evolución política de África ha pasado por tres etapas que han marcado los sistemas políticos africanos (en adelante SPA): la primera es la de identificación de los líderes nacionalistas con las masas, en la lucha anticolonial, con la posterior instauración de un sistema multipartidista en los primeros años de las independencias. La segunda y más larga

corresponde a la confiscación del poder por dichos líderes, civiles o militares, con la imposición del partido único en detrimento de las masas sojuzgadas. La tercera y actual es la del retorno al multipartidismo truncado y manipulado, nacido de las presiones internacionales e internas. O según P-F. Gonidec (1970: 66), las élites afrooccidentalizadas que controlan el Estado africano se caracterizan por mutaciones curiosas: en una primera fase son conformistas dotadas de una ideología liberal y colaboran con la autoridad colonial, limitando sus reivindicaciones a la participación en las instituciones políticas y administrativas coloniales para beneficiarse de sus ventajas y no para destruirlas. En una segunda fase, se convierten en rebeldes nacionalistas contra la colonización que las reconoce como «líderes». En la última fase, conquistan el poder y dejan de ser rebeldes, con la subsiguiente confiscación del poder, siguiendo a los colonizadores mediante la endocolonización de la que nunca se desvincularán incluso en el proceso actual de democratización.

## I. LOS S.P.A. DE LA PRIMERA GENERACIÓN O EL TRIUNFO DEL MULTIPARTIDISMO TRIBAL

En las negociaciones para la independencia, los antiguos colonizadores impusieron y exigieron como prueba de madurez, incluso como condición previa, la adopción por los líderes africanos del sistema multipartidista a imagen de las metrópolis, condición a la que se doblegaron estratégicamente sus interlocutores africanos, formados por la necesidad de la colonización y de la neocolonización, para conseguir o merecer la independencia y sobre todo para respetar el carácter plural de la lucha anticolonialista.

Tanto en los países en los que se produjo una «descolonización-continuidad» (la mayoría) como en los que se realizó una «descolonización-ruptura» (la minoría) —cfr. Zentho, 1987: 83-87—, los partidos políticos africanos, al igual que los sindicatos, son la réplica de los de las metrópolis o simples secciones locales de éstos.

Durante estos primeros años de la independencia, los poderes establecidos consideraron la oposición como un factor positivo. Eran tolerantes y animados de valores de libertad y democracia. Prueba de ello es que todas las Constituciones africanas de los años 59-60, inspiradas en las de las metrópolis respectivas<sup>1</sup>, proclamaron su adhesión total a los derechos y liberta-

<sup>1</sup> Los nuevos Estados africanos adoptaron los principios multipartidistas inspirados en la Constitución francesa de 1958, el «Westminster Model» británico o negociados con los repre-

des fundamentales o públicas universalmente reconocidos, como consecuencia de la ideología de la democracia burguesa de los líderes africanos de la época (Owona, 1985: 225), formados en la democracia parlamentaria occidental con su participación en las instituciones francesas o británicas. De este modo, la colonización fue una escuela de democracia (véanse Apter, 1955: 19; Emerson, 1960: 231).

En ausencia de verdaderas burguesías nacionales, el Estado se convirtió en el principal empresario, administrador e inversor. Este hecho, además del antecedente colonial, explica el control del Estado africano por los funcionarios, que se apoyarán más tarde en los intelectuales, civiles o militares, para gobernar.

Pronto surgieron rivalidades políticas y económicas entre los nuevos dirigentes, que se apoyaron en sus nacionalidades respectivas clientelizadas para el control del poder. De este modo, a los partidos políticos creados sobre la base de los modelos ideológicos occidentales (liberalismo, socialismo, nacionalismo, social-democracia, comunismo...) sucedieron los partidos políticos tribales o regionales, siendo el tribalismo y no la ideología el poderoso factor de movilización de las masas.

El tribalismo creado por la colonización, fomentando las divisiones para gobernar y sobre todo para debilitar los movimientos nacionalistas, dio lugar a una nueva forma de tribalismo, integrista y más peligroso por su carácter centrífugo. Sería preciso afirmar, al respecto, que la introducción de la democracia parlamentaria o el parlamentarismo occidental es responsable de la agudización del «tribalismo agresivo» en África (Sylla, 1977: 163). Los propios líderes de partidos africanos se comportan más como jefes de tribus que como responsables políticos con sentido del Estado.

Todo ello lo ilustra el profesor Crawford Young (1975: 9) con el caso congoleño, donde los partidos políticos, entre 1960 y 1965, manipularon con violencia la etnicidad desencadenada, con el consiguiente «derrumbamiento del Congo», que permitió a Mobutu acaparar el poder para convertirse en el primer tribalista del país con la «ngbandización» (de ngandi, su tribu) de las instituciones oficiales. Incluso los propios líderes revolucionarios de las sublevaciones campesinas de 1963-1964, tales como Pierre Mulele, que organizó la ofensiva contra el gobierno neocolonial de Léopoldville a partir de su tierra natal, el Bandundu-Bampende, utilizaron la etnicidad como factor determinante en sus luchas.

---

sentantes de la antigua potencia colonial, como en el caso del Congo belga (cfr. LAVROFF D-G., 1979: 213-214). De este modo, el multipartidismo fue un fenómeno generalizado en África negra.

El mismo fenómeno de la etnicidad como fundamento de transacciones políticas se reprodujo en otros países como Nigeria, Uganda, Sudán, Ruanda, Burundi, Kenia, etc. Las razones de la persistencia del etnicismo, además de la ya mencionada responsabilidad de la colonización que, por sus fronteras arbitrarias y artificiales, juntó a tribus atávicamente opuestas y dividió a una misma nacionalidad entre varios territorios, se explican por la esclavitud que durante cuatro siglos dejó huellas en las subconciencias colectivas, o según Lamb (1984: 11), por la práctica generalizada de la endogamia por las nacionalidades, el carácter fundamentalmente gregario o grupal de la sociedad africana, el mantenimiento de las estructuras tribales en las zonas rurales desprovistas de infraestructuras de transportes y comunicación horizontales y las prácticas tribalistas de los dirigentes que no han fomentado lo suficiente el nacionalismo. Todo lo contrario, han descubierto sus diferencias tribales para servir sus ambiciones políticas y económicas.

Esta clientelización de las nacionalidades por sus líderes producirá otro efecto contrario, consistente para aquéllas en atarlas, de tal manera que un partido creado por un líder que le quiere proporcionar una dimensión nacional y un contenido ideológico preciso, se ve sitiado por los oriundos de su nacionalidad, que le consideran como su partido excluyendo a los demás. Se han creado, así, vínculos verticales de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, en detrimento de las relaciones horizontales entre partidos, relaciones que suelen limitarse a la confrontación o violencias. De ahí la afirmación de P-F. Gonidec, según quien, «para todos los dirigentes africanos, las ideologías están subordinadas a las realidades y no están por encima de éstas» (1971: 313).

Las derivaciones del etnicismo y su manipulación violenta convencerá a los poderes de la época a instaurar unos mecanismos políticos, ideológicos e institucionales para forjar la conciencia nacional y la voluntad de una vida común, empezando por la supresión del multipartidismo a lo occidental, y sobre todo para dotarse de una base económica a través del capitalismo de Estado.

## II: LOS S.P.A. DE LA SEGUNDA GENERACIÓN O LA IMPOSICIÓN DEL PARTIDO ÚNICO

El partido único, recomendado por sus ideólogos africanos, fue justificado por la necesidad de un gobierno popular, el comunalismo de la sociedad tradicional africana sin clases, la creación de la conciencia nacional, la lu-

cha contra el neocolonialismo y la movilización de la sociedad para el desarrollo económico.

El presidente Kwame Nkrumah, de Ghana, en su lucha panafricanista para la realización de la unidad africana introdujo en el continente la tradición del partido único, considerado como el instrumento adecuado para reunir el consenso nacional, por encima de los particularismos étnicos y canalizado hacia dicho objetivo. Mientras otros líderes, tales como Julius Nyerere y Léopold Sédar Senghor, argumentaban que un sistema de partido único basado en el consenso era el más adecuado para África, cuyas sociedades no se caracterizan por la división en clases sociales. Ignoraron, consciente o inconscientemente, tres hechos evidentes (Mengisteab, 1996: 107): primero, las condiciones socioeconómicas introducidas por la colonización destruyeron el relativo igualitarismo del período precolonial, con la aparición de embriones de clases sociales en el momento de descolonización; segundo, existían, pese al comunitarismo tradicional, importantes divisiones étnicas y confesionales en África; y tercero, el sistema de partido único es contrario al consenso democrático. O según la ecuación de Maurice Duverger: «democracia = pluralismo; partido único = dictadura».

Ello ocurrió, efectivamente, al convertirse el partido único en el instrumento de la eliminación de la alternancia y de la pluralidad de puntos de vista, de la etnocracia y de la dictadura (*ibid.*: 107).

Partido único de hecho o de derecho, de inspiración marxista o de autenticidad africana o con tendencias internas<sup>2</sup>, todos se caracterizarán por el centralismo del modelo comunista con la supremacía del partido sobre el Estado y el pueblo, esta vez con la especificidad de la dominación del partido por una etnia o familia, la del presidente, o por una clase social determinada.

La idea inicial de Nkrumah será así desviada de su objetivo inicial por los civiles o los militares que le sucedieron<sup>3</sup>, aprovechando la excusa de la ge-

<sup>2</sup> Sobre las tipologías de los partidos políticos africanos, véanse LANCYNÉ SYLLA (1977: 244 ss.), quien distingue el partido único compuesto con dirección colegial, el partido único centralizador con dirección popular y el partido único atomístico con dirección personal; JOSEPH OWONA (1985: 315 ss.), quien define la siguiente clasificación: los partidos únicos revolucionarios centralizadores y los partidos únicos con tendencia pragmática pluralista, los partidos únicos de gestión defensores del liberalismo económico y los partidos únicos de liberación nacidos de la lucha armada con orientación socialista o nacionalista revolucionaria; los partidos únicos con sistemas electorales competitivos y los partidos únicos basados en la elección de un solo candidato; y ABDOULAYE WADE (1989: 30), quien habla del partido-Estado-nación, el partido-Estado, el partido único propiamente dicho y el partido-administración.

<sup>3</sup> Los militares, individualmente o en nombre del Ejército, instauraron partidos únicos o gobernaron sin partidos mediante golpes de Estado, para poner fin a la corrupción de los gobernantes, reinstaurar la unidad nacional amenazada por el multipartidismo tribal y realizar la

neralización de las luchas tribales nacidas de la democracia occidental, para la concentración de todos los poderes en una sola persona, quien asume las funciones del secretario general del partido y de jefe de Estado. Es la consagración del presidencialismo o del «cesarismo africano».

Los partidos únicos instituidos por los dirigentes africanos tendrán las características siguientes:

- La supresión o neutralización del parlamento, o su reducción a una simple caja de resonancia del partido.
- La supresión del pluralismo sindical y la creación de sindicatos únicos, garantes del orden y de la tranquilidad.
- La fusión entre el partido y el Estado o la supremacía del partido sobre el Estado, incluso la confusión del partido con el pueblo<sup>4</sup>.
- La represión de cualquier tipo de oposición, incluso constructiva, con la eliminación física de los opositores «para el bien superior de la nación».
- La celebración de elecciones farsas con un solo candidato permanente del partido, votado con el 99,99% del sufragio expresado.
- La imposición autoritaria de la ideología del partido<sup>5</sup> a la juventud y a las mujeres.

unificación del país con la meta de promover el desarrollo económico. En uno u otro caso, los militares crearon nuevos partidos únicos o recuperaron los de sus predecesores, para conseguir el apoyo de sus seguidores y clientelas, generalmente por la suspensión de la Constitución y la disolución de las instituciones, siendo el objetivo eliminar el precedente grupo dominante y aniquilar los eventuales y potenciales centros de oposición al nuevo poder (cfr. LAVROFF, D-G., 1979: 212).

<sup>4</sup> El caso extremo de esta confusión viene ilustrado por la Constitución zaireña, actualizada en 1983, que define en su artículo 33 el partido único, el Movimiento Popular de la Revolución —MPR—, como «la nación zaireña políticamente organizada». El mismo artículo considera «todo zaireño, desde su nacimiento, como miembro del Movimiento Popular de la Revolución..».

<sup>5</sup> Esta ideología, que, durante la Guerra Fría, iba desde el «afrocapitalismo ineficiente», al no tener ni capitales ni empresarios nacionales, y el «afrocomunismo de farsa», al limitarse a la palabrería marxista-leninista, contradicha por la realidad económica del capitalismo periférico. pasando por los «socialismos africanos de intención», hasta la manipulada autenticidad africana mobutista, tuvo diferencias sólo en las estrategias políticas y culturales de integración nacional, utilizadas como instrumentos del colonialismo interno o de asimilación cultural de las minorías étnicas, a saber (cfr. Gus Liebenow J., 1986: 87 ss.): la estrategia basada en la recuperación de una lengua africana y una ideología movilizadora, la estrategia pluralista o de reconocimiento del carácter positivo de la diversidad cultural, la estrategia orientada hacia el desarrollo de actitudes nacionalistas positivas, la estrategia de imposición de la historia y cultura de la etnia dominante, la estrategia de exclusión y discriminación de los grupos considerados como inferiores por el grupo dominante, la estrategia etnofascista con prácticas genocidas, la estrategia irredentista o de resurrección de una nación precolonial dividida por la colonización.

- La violación sistemática y a gran escala de los derechos humanos.
- La fusión y confusión del patrimonio del Estado y el de los dirigentes, etc. (cfr. Hebga, 1968: 165; Albagli, 1991: 162-163).

El partido único africano<sup>6</sup>, al contrario del partido único soviético basado en el consenso político, la movilización y participación populares, destacó por la neutralización de fuerzas nacionales, tradicionales y modernistas, que amenazaban los privilegios de las nomenclaturas en el poder (Kontchou Kouomegni, 1983: 272-273). Se convirtió en el principal vector del tribalismo, subdesarrollo y violación de conciencias con una tremenda capacidad de destrucción y autodestrucción. Este sistema será puesto en tela de juicio a finales de la década de los 80 y comienzos de los 90, como consecuencias de importantes cambios a nivel internacional, africano y de cada país.

### III. LOS S.P.A. DE LA TERCERA GENERACIÓN: EL RETORNO AL MULTIPARTIDISMO DE FACHADA

Varios factores endógenos y exógenos, sucedidos a finales de la década anterior, llevaron al proceso actual de democratización, y entre los cuales cabe mencionar:

- La tremenda crisis económica y social en la que se han hundido la casi totalidad de los países africanos, con un deterioro drástico de las condiciones de existencia de los ciudadanos que no pueden satisfacer sus necesidades más elementales, junto a la proliferación de guerras, epidemias y hambrunas, ha conducido a una cadena de protestas y deslegitimación de los dirigentes que no han realizado ninguna de sus promesas, salvo el enriquecimiento personal a un ritmo uniformemente acelerado.
- La crisis generada por el agotamiento del modelo de desarrollo basado en la exportación de materias primas y «la politización excesiva del Estado en detrimento de su función de agente del desarrollo» (Matoko, 1996:

<sup>6</sup> Pese al hecho de ser el partido único una práctica generalizada en las tres primeras décadas de las independencias africanas, algunos países mantuvieron el sistema multipartidista (Botsuana, Egipto, Gambia, Liberia, Madagascar, Marruecos, Nigeria, Senegal, Sudán, Túnez, Uganda y Zimbabue) en su forma integral, con o sin prohibición del partido único, o limitada, con o sin un partido dominante (cfr. Owona, 1985: 317-322). De acuerdo con Dimitri-G. Lavroff (1979: 211), sería correcto afirmar que el África negra conoció con respecto a los partidos políticos tres situaciones: la ausencia de partidos políticos, el multipartidismo y el más generalizado partido único.

50). Las masas aprovecharán esta crisis para exigir más libertades y más participación en el proceso de desarrollo, con el fomento de la economía popular al margen de los mecanismos y estructuras del Estado, consiguiendo una autonomía con respecto a los poderes locales mediante la creación de nuevas formas de solidaridad basadas en la etnia, la región o la religión (Mbembe, 1996: 18).

- El «efecto Mandela», con quien se identificaron las masas contra los dirigentes asimilados con los blancos de Suráfrica. La liberalización política en Suráfrica, con el fin del apartheid institucional y la liberación de Nelson Mandela, no sólo tuvo un efecto dominó en el continente, sino que además puso fin a la lucha contra la dominación blanca en este país, lucha utilizada por los dirigentes africanos para distraer a las masas de los verdaderos problemas internos y de los «apartheid internos informales». La liberación de Mandela fue interpretada por los pueblos como una victoria de la libertad y de la democracia e inspiró la resistencia popular contra los «nuevos colonos», caracterizados por la falta de voluntad política de cambio.

- La *perestroika* y la caída del telón de acero. El derrumbe del comunismo y del bloque del Este tuvo como consecuencia la devaluación geopolítica del continente africano, con el abandono de los regímenes marxista-leninistas que se establecieron y fortalecieron merced al respaldo de la Unión Soviética durante la Guerra Fría. Este movimiento se acompañó con la retirada del continente de las potencias occidentales. Los dirigentes africanos fueron así abandonados a su propio destino y ya no podrían utilizar la sustrata de la rivalidad entre los bloques, al dislocarse el orden bipolar.

- Las presiones de las metrópolis occidentales y de las instituciones financieras internacionales. Bajo la presión de sus opiniones públicas internas contra la dilapidación de la ayuda pública al desarrollo en África, el continente que más dinero ha recibido sin resultados significativos, las metrópolis occidentales vinculan la asistencia internacional con las reformas políticas y la institución de un Estado de Derecho, basado en los principios democráticos. Este contexto es en el que se sitúa el discurso de La Baule, en junio de 1990, donde el presidente Mitterrand relacionó la ayuda francesa a los países africanos con el respeto de los derechos humanos y las reformas democráticas. Por su parte, Gran Bretaña condicionó dicha ayuda a sus ex colonias africanas con el «good governance», basado en la transparencia y la promoción de aspectos de justicia social. De igual modo, el Banco Mundial y el FMI, que atribuyen el fracaso del desarrollo en África a la mala administración y a la carga presupuestaria excesiva del sector público, exigen como condición para el acceso a sus préstamos la liberalización política y económica, erosionando así la base del poder dictatorial y clientelista de los

dirigentes africanos que fundamentaban su legitimidad en la corrupción y la distribución de prebendas (Brunel, 1993: 74-77).

- La planetarización de la democratización, como resultado de la desmilitarización del poder en Asia y en América Latina con la llegada al poder de gobiernos civiles, puso en posición incómoda a los regímenes militares africanos que, agregados a la ya mencionada devaluación estratégica del continente y a las presiones internacionales (Martin, 1994: 104-107), deberían ponerse a la orden del día y mostrarse favorables a la paz civil, al menos, formalmente.

Ante las reivindicaciones por la democracia, los dirigentes han reaccionado de diversas maneras, desde la resistencia al cambio, pasando por los intentos de recuperación mediante reformas artificiales hasta la instauración de un multipartidismo integral.

En los países empeñados en el proceso democrático o en los que dicho proceso ha sido bloqueado, cabe distinguir dos mecanismos principales:

- En el África francófona, el proceso pasa generalmente por la celebración de la Conferencia Nacional Soberana (CNS), una especie de foro político integrado por las fuerzas vivas de la nación, los partidos de la oposición y el antiguo partido único. El objetivo común es la adopción de órganos de transición democrática encargados de preparar las elecciones generales (Mabire, 1992: 158).

- En el África anglófona, la estrategia consiste en la instauración del multipartidismo y la consiguiente celebración de las elecciones municipales, legislativas y presidenciales, sin una previa organización de la Conferencia Nacional.

Las Conferencias Nacionales francófonas han dado muestra de graves limitaciones: muchos regímenes autoritarios se han mantenido con sus prerrogativas casi intactas, la democratización se ha limitado a unos conflictos entre las clases gobernantes o las élites sin un cambio real de hombres y de mentalidades, el partido único ha recuperado y ampliado sus bases clientelistas sin conseguir el saneamiento de la situación política. Estos resultados decepcionantes se explican por el hecho de que la *paristroika*, al contrario de la *perestroika*, se ha limitado a una actitud de prudencia y de reserva para preservar los intereses franceses y las amistades creadas durante las tres o cuatro últimas décadas en el continente, contra los «desórdenes» producidos por los partidos de la oposición que amenazan a los aliados déspotas y a los intereses franceses.

En el África francófona, según la acertada puntualización de Jean-François Bayart (1989), la verdadera democratización ha sido confiscada a favor de una simple «descompresión autoritaria».

La lucha de liberación de Laurent-Désiré Kabila contra la dictadura de Mobutu Sese Seko, apoyada hasta el último momento por Francia, las guerras civiles entre las distintas facciones políticas y tribales en el Congo-Brazzaville o en Centroáfrica ilustran el fracaso de la democratización en el África francófona, con excepciones como las de Benín y Madagascar, por falta de claras alternancias debidas al apoyo galo a las facciones favorables al mantenimiento y defensa de sus intereses.

En cuanto a las elecciones celebradas en los países anglófonos y en algunos países francófonos (Burkina Faso, Camerún, Togo...), por los desacreditados aparatos estatales, han sido tachadas de graves irregularidades y fraudes, y marcadas por grandes abstenciones de la desconfiada población, incluso por el boicot de la oposición. Salvo algunas excepciones, han confirmado en sus puestos a los antiguos dictadores, dotados ahora de una tapadera jurídica para seguir con el sistema y limitarse sólo a meros cambios en las formas.

En ciertos casos, los poderes establecidos han fomentado limpiezas étnicas, es decir el etnofascismo, para desacreditar el proceso democrático manipulando los conflictos intertribales con fines electoralistas como sucedió en Ruanda, Zaire y últimamente en Kenia.

El balance que hoy se puede hacer del proceso de democratización en África es poco alentador. Se han instaurado en todas partes las «democraduras», es decir, democracias formales y dictaduras disfrazadas (cfr. Liniger-Goumaz, 1992). Se ha procedido al reemplazo de las oligarquías autoritarias impresentables por las oligarquías liberales más o menos presentables (Quantin, 1991: 27), incluidas en el social-imperialismo y encargadas de la mundialización, a costa de la profundización interna de los sufrimientos humanos.

Parafraseando a Achille Mbembe (1996: 15), quien habla de «multipartidismo de fachada» para calificar el proceso de democratización en África, donde siguen el autoritarismo y la arbitrariedad, cabe hacer el siguiente balance, totalmente negativo: persistencia de dictaduras militares y sangrientas como en Nigeria, motines e intentonas golpistas como en Níger, Guinea Conakry, Guinea Ecuatorial, Sierra Leona, Gambia y Centroáfrica; proliferación de milicias privadas armadas en el Congo-Brazzaville, descomposición y desaparición del Estado en Zaire, Somalia, Guinea, Angola, Liberia, criminalización de las élites políticas en Kenia, Congo-Zaire, Camerún, Costa de Marfil, Zimbabue, generalización de conflictos armados y la reinstauración de la brutalidad salvaje en muchos países, conduciendo a casos extremos de genocidios como en Burundi y Ruanda.

Las razones del fracaso del actual proceso de democratización son históricas y actuales. Las primeras nacen de tres factores (Mazrui, 1996: 117-

118). Primero, la arbitrariedad y superficialidad de las fronteras africanas coloniales que pusieron juntos grupos sin ninguna experiencia de gobierno común precolonial y dividieron a los grupos que deberían estar juntos, obstaculizando cualquier perspectiva democrática. Segundo, los Ejércitos africanos, producto de la colonización, siguen con la mentalidad colonial impidiendo el ejercicio del poder por los que controlan los medios de producción, sino por los que controlan los medios de destrucción. Estos ejércitos o milicias son obstáculos permanentes a la democratización. Por último, la ruptura entre las instituciones poscoloniales y la cultura tradicional, en África, constituye un importante factor desestabilizador de la democracia, con el abandono de mecanismos tradicionales de resolución de conflictos reemplazados por los de destrucción militar, coloniales y poscoloniales.

En cuanto a los actuales obstáculos (Mengisteab, 1996: 116 ss.) a dicho proceso, cabe mencionar: la ausencia de hegemonía<sup>7</sup>, tanto por parte de la burguesía africana, sin una clara conciencia o ideología de clase, como por parte de las masas, excluyendo cualquier posibilidad de pactos fundamentales en la instauración de la democracia; las distorsiones socioeconómicas, en particular la marginalización de amplias capas de la población en el acceso a la educación y la información junto a la pobreza generalizada (el deterioro de las condiciones económicas), debilitan la lucha por la democratización; la casi ausencia de integración nacional limita la democratización al fenómeno urbano; los conflictos étnicos y las violencias toman cada vez más la forma de una «lucha de descolonización», por parte de los grupos oprimidos que dan prioridad a la recuperación de sus derechos, sobre la lucha por la democratización a corto plazo; los Programas de Ajuste Estructural (PAE) impuestos a los países africanos por el Banco Mundial y el FMI que, al profundizar las desigualdades entre las clases privilegiadas y las masas desfavorecidas, es decir, en contra de la democracia social, crean las condiciones objetivas de acciones de desestabilización política por parte de las fuerzas sociales (cfr. Mbaya, 1996: 261), acciones perjudiciales para la democracia.

En definitiva, el proceso actual de democratización, a pesar de expresar el inicio de una conciencia y cultura política, está manipulado y falsificado.

<sup>7</sup> Partiendo de la definición de Fernando Enrique CARDOSO (citado por el autor), que considera el Estado como un pacto de dominación que existe entre las clases sociales, pacto que conduce a formas democráticas según los compromisos o alianzas concluidos entre las distintas clases, el autor considera que dicho pacto es casi inexistente en África, donde la burguesía o la pequeña burguesía no es una clase compacta al igual que las masas, desprovistas de posibilidades para imponer cualquier tipo de hegemonía sobre la sociedad.

Se han cometido dos grandes errores en la introducción de la democracia en el continente. El primero ha sido el confundirla con el multipartidismo, olvidando que la crisis de la democracia es ante todo la crisis de los hombres en el poder y de las instituciones que han creado. Éstos han cambiado sólo las formas, como queda subrayado, creando partidos de la oposición ficticios allegados al poder, como fue el caso de Mobutu con el «multimobutismo». Es imprescindible tener nuevos hombres en el poder y crear nuevas instituciones. El segundo ha sido el vincular la democracia con la ayuda externa, convertida en un objetivo en sí, en detrimento de la verdadera democratización. Hecho absurdo, África ha recibido más dinero en el período del partido único y de la Guerra Fría que en el actual de democratización<sup>8</sup>.

Por otra parte, los partidos de oposición, aún marcados por la mentalidad de partido único, caminan hacia la instauración de nuevas dictaduras.

En ambos bandos, pues, no se han interiorizado, todavía, las prácticas democráticas, puesto que los debates electorales, en vez de basarse en proyectos de sociedad y modelos de desarrollo, suelen fundamentarse en descalificaciones personales y consideraciones tribalistas.

El modelo actual de democratización, inspirada en la plutocracia occidental, no tiene futuro al desarrollarse en un contexto de pauperización generalizada, y al ocuparse las masas más de sus problemas de supervivencia diaria, que les desvinculan de verdaderos problemas políticos o de participación política. Toma cada vez más la forma de un fenómeno exclusivamente urbano, excluyendo a la mayoría campesina.

## CONCLUSIÓN

El análisis que precede ha puesto de manifiesto que existe un sistema político africano de la misma manera que existe una política económica africana<sup>9</sup>, al margen de las diferencias ideológicas de los gobiernos auto-

<sup>8</sup> La ayuda al desarrollo ha alcanzado, en 1996, su nivel más bajo desde hace cincuenta años (cfr. MARTÍ, 1997: 3).

<sup>9</sup> Según DIALLO (1996: 47-48), dicha política tiene como denominador común: la extorsión de la plusvalía del campesinado, el papel empresarial del Estado con una excesiva intervención estatal, la sobrevaluación de las tasas de cambio, el proteccionismo y la subvención de los bienes de consumo. Dicho de otra manera, la política económica africana, basada en la monoproducción y la monoexportación, privilegia la sociedad de consumo sobre la de producción.

proclamados «moderados» o «progresistas»<sup>10</sup>, «democráticos», «en vías de democratización» o «democráticamente bloqueados». Dicho sistema se caracteriza por la dictadura de un clan, de un grupo social, de una persona o de la anarquía (Conte, citado por Janssen, 1997: 250), que monopoliza la política económica social en su totalidad (Koulibaly, 1992: 124). La unión nacional tan proclamada no debe engañar, puesto que esconde importantes conflictos de intereses y las contradicciones sociales.

Si en el período anterior, el del partido único, la democracia fue bloqueada por el monopolio ideológico, la politización de las actividades económicas, el terrorismo de las fuerzas de seguridad y la personalización del poder por el jefe de Estado, en la actualidad los obstáculos lo constituyen el terrorismo de Estado contra los seguidores y simpatizantes de los partidos de la oposición (Kaba, 1996: 135), generando tensiones y conflictos.

El actual proceso de democratización, al igual que el primero de la época de las independencias, está condenado al fracaso, al no adentrarse en lo político, en lo económico y lo social, pese al hecho de que cada vez tienen mayor peso el respeto a los derechos fundamentales, la responsabilidad política y la libertad de expresión.

Sin embargo, esta tendencia para ser fiable y duradera debe acompañarse de la educación democrática y del progreso económico. La ayuda internacional, minuciosamente otorgada y dirigida, ha de actuar en este sentido. Con hambre, miseria y analfabetismo, la democracia estable no es posible. Los dirigentes actuales se aprovechan de las rivalidades tribales de los pueblos para dividir a sus opositores y perpetuarse en el poder, como viene ilustrado por los últimos y trágicos acontecimientos sucedidos en Kenia, fomentados por el poder del presidente Daniel Arap Moi.

Por eso, opinamos que la democracia en África ha de ser original, mediante el reconocimiento de la diversidad y del pluralismo étnico, y dar la oportunidad y el derecho de existir a los partidos llamados tribales como marco de interiorización por los pueblos de la cultura política democrática y de expresión de sus aspiraciones. Dicho de otra manera, la lógica tribal de las masas, en su mayoría analfabetas, debería ser recuperada por los partidos políticos, por ser dicha lógica el único factor movilizador, para educarlas y dotarlas de una nueva conciencia nacionalista y pan-africanista.

<sup>10</sup> Términos utilizados durante la Guerra Fría, sobre todo en la década de los 60 y 70, para designar respectivamente los países neocoloniales, empeñados en la vía capitalista de desarrollo, y los países decididos a romper con la dependencia por la vía de desarrollo no capitalista (véanse al respecto GONIDEC, P.-F., 1974: 281-283; BUCHMANN, J., 1962: 393 ss.; HEBGA, 1968: 141 ss.).

En otras palabras, se acompañará la adopción del modelo de desarrollo autocentrado o afrocentrado, con un modelo de «democracia social consensuado» (Mengisteab, 1996: 120), conforme a la cultura africana tradicional. Es decir, una democracia de participación y no de exclusión (Nguema, 1995: 136) para canalizar las conciencias tribales hacia la conciencia nacional, mediante la asociación de todos los partidos, incluso étnicos y de los que han perdido las elecciones, al ejercicio del poder y a la realización del proyecto de desarrollo.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBAGLI, C. (1991): *Economie du développement. Typologie des enjeux*, Litec, París.
- APTER, D. E. (1955): *The Gold Coast in transition*, Princeton United Press, Princeton.
- BAYART, J.-F. (1989): *L'Etat en Afrique. La politique du ventre*, Fayard, París.
- BRUNEL, S. (1993): *Le gaspillage de l'aide publique*, Seuil, París.
- BUCHMANN, J. (1962): *L'Afrique noire indépendante*, LGDJ, París.
- CRAWFORD, Y. (1975). «Ethnicité revisitée au Zaïre», en *Elimu*.
- DARBON, D. (1990): «L'Etat prédateur», en *Politique Africaine*, n.º 39, París, septiembre.
- DIALLO, M. L. (1996): *Les Africains sauveront-ils l'Afrique?*, Karthala, París.
- DIMITRI, L.-G. (1979): «Le statut des partis politiques», en AA.VV., *Les institutions constitutionnelles des Etats d'Afrique francophone et de la République Malgache* (dir.: Gérard Conac), Economica, París.
- EMERSON, R. (1960): *From empire to nation*, Cambridge-Harvard University Press, Cambridge.
- GONIDEC, P.-F. (1970): *L'Etat africain*, LGDJ, París.
- (1971 y 1974): *Les systèmes politiques africains* (Iª y IIª parte), LGDJ, París.
- GUS LIEBENOW, J. (1986): *African Politics. Crisis and Challenges*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis.
- HEBGA, M. (1968): «Les étapes des regroupements africains (1945-1965)», en *Afrique documents*, n.º especial, Dakar.
- HYDÉN, G. (1986): «African social Structure and Economic Development», en AA.VV., *Strategies for African Development* (eds.: Robert J. Berg y Jennifer S. Whitaker), University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Londres.

- JANSSEN, P. (1997): *A la cour de Mobutu*, Michel Laffon, París.
- KABA, L. (1996): «Paix et Démocratie», en AA.VV., *Pouvoir et paix en Afrique*, Présence Africaine, París.
- KOULIBALY, M. (1992): *Le libéralisme. Nouveau départ pour l'Afrique Noire*, L'Harmattan, París.
- KOUOMEGNI, K. A. (1983): «Administration publique et politique en Afrique francophone (nord et sud du Sahara)», en *Présence Africaine* n.º 127-128, 3.º y 4.º trimestres, París.
- LAMB, D. (1984): *The Africans*, Vintage Books, Nueva York.
- LINIGER-GOUMAZ, M. (1992): *La démocrature: Dictature camouflée. Démocratie truquée*, L'Harmattan, París.
- MABIRE, J.-F. (1992): «Vers la démocratisation en Afrique subsaharienne»?», en *Ramses 93*, IFRI-DUNOD, París.
- MARTI, S. (1997): «L'Afrique francophone craint d'être marginalisée au sein du FMI», *Le Monde* del 27 de septiembre de 1997.
- MARTÍN, M. (1994): «Armée et politique: le cycle de vie de militarisme en Afrique noire francophone», en AA. VV., *Etat et sociétés en Afrique francophone* (dir.: C. Bach y Anthony Kirk-Greene), Economica, París.
- MATOKA, E. (1996): *L'Afrique par les Africains. Utopie ou Révolution*, L'Harmattan, París.
- MAZRUI, A. A. (1996): «Democracy and Regional Stability in the Pan African Agenda», en *Pouvoir et paix...*, *op. cit.*
- MBAYA, E.-R. (1996): «État de droit, démocratie, droits de l'homme et paix en Afrique», en *Pouvoir et paix...*, *op. cit.*
- MBEMBE, A. (1996): «Des rapports entre la rareté matérielle et la démocratie en Afrique subsaharienne», en *Sociétés africaines et diaspora*, n.º 1, L'Harmattan, París.
- MENGISTEAB, K. (1996): *Globalization and Autocentricity in Africa's Development in the 21st Century*, Africa World Press, Nueva Jersey-Asmara. n.º3, Campus de Lubumbashi, mayo-junio.
- NGUEMA, I. (1995): «Etat, violence, Droits de l'Homme et Développement en Afrique», en AA. VV., *L'avenir de l'Etat-Nation*, Centre Tricontinental - L'Harmattan, Bruselas-París.
- OWONA, J. (1985): *Droit constitutionnel et régimes politiques africains*, Berger-Levrault, París.
- (1985): *Droit constitutionnel et régimes politiques africains*, Berger-Levrault, París.
- QUANTIN, P. (1991): «L'Afrique de l'Etat-providence a un système libéral? Remarques à propos d'un passage incertain», en AA.VV., *Afrique noire-Europe de l'Est. Regards croisés* (dir.: Frédéric Dufaux y Philippe Gervais-Lambony), Karthala, París.

- SYLLA, L. (1977): *Tribalismo et parti unique en Afrique noire*, Université Nationale de Côte d'Ivoire-PFNSP, Abiyán.
- WADE, A. (1989): *Un destin pour l'Afrique*, Karthala, París.
- ZARTMAN, W. (1978): «Les problèmes politiques de demain en Afrique noire», en AA.VV., *Les Etats-Unis et l'Afrique: les intérêts en jeu*, Karthala, París.
- ZENTHO, A. N. (1987): «Les leaders africains de la décolonisation», en AA.VV., *Décolonisation de l'Afrique vue par les Africains* (Centre Culturel Africain), L'Harmattan, París.

En primer lugar quisiera en nombre de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) agradecer a los organizadores de este curso su amable invitación a la organización que represento para participar con todos Vds. en la clausura de este curso que tanto éxito ha tenido tanto por la existencia de alumnos como por la calidad de las exposiciones, como he podido comprobar desde mi llegada a esta Universidad, razón por la que no puedo dejar de felicitar al Director del Curso, D. Carlos González Sotegui, así como a la Secretaria del Curso, Dña. Belén Paredo Marcano, por su acierto en la selección de los participantes.

Dicho esto, en los próximos minutos me propongo exponerles la posición que ocupa la región dentro de la política de cooperación de la AECI.

Dentro de la estructura de la AECI es la Dirección General del Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Mediterráneo y Países en Desarrollo (ICMAMPD) la competente para la ejecución de los programas de cooperación con los países del África Subsahariana cuya trayectoria en los últimos cuarenta años se ha analizado durante este curso.

En primer lugar hay que señalar que las prioridades geográficas de nuestra cooperación en esta región se concentran en África Austral (en particular en Angola, Mozambique, Namibia y Sudafrica) y en África Occidental (en particular en Guinea Ecuatorial, São Tomé, Cabo Verde, Guinea Bissau y Senegal) y que es en estos países donde se concentra el 90% de nuestra cooperación bilateral, representando los 200 proyectos en ejecución en estos momentos.

Por lo que respecta a nuestras políticas sectoriales, las prioridades en África son semejantes a las del resto del mundo:

